



EL GATOPATO Y LA PRINCESA MONILDA

Arlett Abarca



En el vibrante bosque de Gulubú, donde los árboles danzaban con el viento, apareció una criatura muy peculiar. Era el Gatopato, con un pico amarillo brillante como el de un pato y una cola larga y esponjosa como la de un gato, cubierto de plumas suaves y un poco de pelo. Calzaba unos zapatones de pato enormes y divertidos en sus cuatro patas.



El Gatopato tenía una forma de hablar muy especial que cambiaba con los días. Los lunes, miércoles y viernes, decía un dulce "¡Miau!" con voz de gatito. Pero los martes, jueves y sábados, sorprendía a todos con un sonoro "¡Cuac!" como un pato juguetón. Los domingos, sin embargo, el pobre Gatopato se quedaba turulato, sin saber qué decir, con una expresión de pura confusión en su carita.



Un día, sintiéndose solo, el Gatopato se dirigió a la brillante laguna. Toda la "patería" lo recibió con miradas de indignación y graznidos fuertes. Los patos se reunieron en patota, con sus picos fruncidos, y le exigieron que se marchara de su tranquilo hogar acuático. Con la cabeza baja, el Gatopato se dio la vuelta y se fue, sintiendo un pequeño nudo en el corazón.



Caminó tristemente hasta el claro del bosque, donde varios gatos se bronzeaban perezosamente bajo el sol. Lo dejaron estar un rato con ellos, pero no dejaban de mirarlo fijamente con ojos curiosos y un poco desconfiados. El Gatopato se sintió muy incómodo bajo sus miradas, como si fuera un bicho raro.



Pasaron muchos días, y el Gatopato se sentía cada vez más solo y triste. Lloraba a cada rato, escondiendo su carita en uno de sus grandes zapatones, que se volvía un pañuelo improvisado. Sus lágrimas, grandes y brillantes, rodaban por su pico, mostrando la profunda melancolía que sentía por no encontrar su lugar.



Un día soleado, mientras el Gatopato sollozaba suavemente, la elegante Princesa Monilda paseaba por el bosque. De repente, entre los arbustos, lo vio acurrucado. Con sus ojos grandes y expresivos, la princesa se detuvo, sorprendida por la singular belleza del Gatopato.



"¡Qué precioso Gatopato!", exclamó la Princesa Monilda con una sonrisa radiante. El Gatopato, sorprendido, levantó su cabeza y dijo con voz temblorosa: "Aquí nadie me quiere". La princesa, conmovida, le aseguró que eso no era cierto, pues ella siempre había deseado una criatura tan especial.



"¡Hacía años que quería tener un Gatopato en mi palacio!", dijo la princesa con entusiasmo. Con suma delicadeza, lo alzó suavemente entre sus brazos, le hizo muchos mimos en su suave pelaje y plumas, y se lo llevó consigo al majestuoso palacio. El Gatopato se sintió cálido y seguro por primera vez.



En el palacio, la vida del Gatopato cambió por completo. Jugó felizmente en los jardines, trabajó con alegría ayudando en pequeñas tareas, y estudió con entusiasmo en la biblioteca real. Su corazón, antes solitario, ahora rebosaba de alegría y propósito, rodeado de cariño y nuevas experiencias.



Y así, de este modo tan grato y feliz, el Gatopato creció y encontró su propia felicidad. Un día, conoció a una hermosa Gatapata y se enamoraron, casándose en una alegre ceremonia. El cuento del Gatopato terminó con un final lleno de amor, aceptación y la alegría de haber encontrado su verdadero hogar y familia.